



MASCULINIDADES: La necesidad de trabajar por el encuentro

Autora: Ayelén Losada Cucco

MASCULINIDADES: LA NECESIDAD DE TRABAJAR POR EL ENCUENTRO

Autora: Ayelén Losada Cucco. Terapeuta Ocupacional. Especialista en Metodología ProCC, miembro del Equipo de Dirección. Coordinadora del Departamento Docente del Centro de Desarrollo de Salud Comunitaria Marie Langer.

Si la lucha por la igualdad se queda en el derecho a ser igualmente explotados, hombres y mujeres, el sistema habrá logrado robarnos la potencia transformadora del cuestionamiento de género y le habrá quitado su carácter revolucionario.

Ayelén Losada.

Quiero empezar estas páginas agradeciendo a las mujeres que forman parte de mi vida; y a los hombres que me emocionan y me hacen reír y, especialmente, a las personas del equipo al que pertenezco, que me da sostén, contención e inspiración, el Equipo ProCC del Centro Marie Langer. Desde España, Argentina, Cuba y otros lugares de Latinoamérica, trabajamos con toda nuestra pasión por construir una vida cotidiana más humana, más solidaria y más saludable; pero con la pasión no es suficiente, también hacen falta marco teórico, método y praxis, y eso es lo que nos brinda la Metodología ProCC que es nuestra herramienta de trabajo.

Escribo estas líneas para compartir algunas reflexiones y aportes en relación al trabajo de género desde nuestras experiencias de intervención grupal y comunitaria, tanto con mujeres como con hombres, que aún son imprescindibles para contribuir a los procesos de transformación social y a la construcción de una sociedad más igualitaria y más justa.

Va a ser necesario retarse a pensar un poco más allá de lo pensado y hacerlo con actitud abierta, creativa y amorosa para trabajar las propias contradicciones y trascender ciertas lecturas dilemáticas que nos dejan atrapadas y que nos encontramos, a veces, en prácticas relacionadas con temas de género. Propongo algunas ideas para reflexionar sobre el género, porque la manera de pensar el tema nos marca la manera de hacer.

Por ejemplo, si consideramos que el hombre tiene privilegios de forma estática, las acciones pueden ir encaminadas a reclamar que deje sus privilegios de una manera un poco lineal y ese camino está teniendo algunos escollos, no está siendo suficiente ni del todo eficaz, así que para hacer una transformación profunda queremos revisar la manera de pensar el tema. Esto es necesario para trascender o enriquecer esa mirada porque no todas las personas se sienten identificadas con la idea de los privilegios, no todo el mundo los reconoce, no todo el mundo los cuestiona, hay quien los niega, y no me refiero solamente a los hombres.

Partimos de que el género es una construcción social, esto ya lo damos por supuesto, ser mujer no se nace, se hace, como ya advirtiera Simone de Beauvoir (1949). Y añadimos, ser hombre también.

Nos ha interesado mucho trabajar y estudiar cómo se construyen esos géneros, para ello nos han resultado imprescindibles diversas miradas sobre la complejidad de la articulación entre patriarcado y capitalismo. El patriarcado articula unas formas de relación desde lógicas de dominación y ejercicio del poder de lo masculino frente a lo femenino y el capitalismo las subsume (Waisblat y Sáenz, 2013). Surge el capitalismo gracias a que existen las lógicas patriarcales, como las describe Ana María Fernández (1993, 2009). Esta autora dirá que las transformaciones de imaginarios y prácticas sociales acerca de qué sea eso de ser hombre o mujer “responden al modo en que en cada momento histórico se ha instituido cómo colocar- aprovechar-despilfarrar-disciplinar-incluir-excluir las potencias de los hombres y las mujeres de esa época” (2009, p. 43). Cambian argumentos, pero permanece estable en su reproducción la lógica de las diferencias de los géneros sexuales como ordenadora de sentido de lo femenino y lo masculino, a través de mecanismos de esencialización que, a la vez, legitiman la desigualdad social. Y, continúa:

Las categorías desde donde puede ser pensada la diferencia de los géneros se estructuran inevitablemente desde una lógica atributiva, binaria y jerárquica. Atributiva, en tanto otorga y atribuye a los predicados del sexo masculino la propiedad del modelo humano (Hombre = hombre); el otro género, por lo tanto, se construye en términos de negatividad. Binaria, ya que alterna sólo dos valores de verdad, siendo necesariamente uno verdadero y el otro falso (no es A y B, sino A y no-A). Jerárquica, en tanto transforma uno de los dos términos en inferior, complemento o suplemento. (Fernández, 2009, p. 45).

Lógicas que favorecen las relaciones de dominación y de desigualdad, pero el capitalismo añade las relaciones de explotación que, en muchos casos, trascienden las relaciones de género, como se señala en Martineau (2017).

Hablar de dominación, según Iris Hernández (2020) es hablar “de la acción entrecruzada del colonialismo, capitalismo y patriarcado. Estos ejes, a través de un conjunto complejo de estrategias y prácticas preservan la imposición de un solo sentido de lo común dividiendo la realidad en zonas visibles y no visibles” (p. 31).

Nos parece importante asumir el reto de cómo cuestionar las construcciones del género, pero sin caer en las mismas lógicas del patriarcado y el capitalismo (Waisblat y Sáenz, 2013). Por ejemplo, desde la lógica del patriarcado lo binario se nos cuela permanentemente a la hora de pensar, incluso al pensar las soluciones. Cuando se dice lo que está bien y lo que está mal sin matices, sin posibilidad de dar lugar a la idea de proceso y con cierta carga de juicio moral, entonces se reproduce la misma lógica que se quiere cuestionar. Desde la lógica capitalista, que es la lógica de la obtención de beneficio y que supone, entre otras cosas, la subsunción del trabajo de cuidados por el trabajo

asalariado, es imprescindible la invisibilización del trabajo de cuidados. María Jesús Izquierdo (1995) lo indica cuando dice que “la dimensión «posición ocupada en la producción de la existencia» es la que determina en última instancia la desigualdad social entre las mujeres y los varones” (p. 32). Este trabajo va a seguir siendo invisible (no reconocido como trabajo, no remunerado, no contemplado en el tiempo de vida como tiempo de trabajo) si la lucha se centra exclusivamente en que sea repartido. No estamos diciendo que no haya que repartirlo, sino que no nos quedemos tranquilas pensando que por repartir el trabajo estamos contrarrestando la lógica del capital, porque a la lógica del capital lo que le interesa es que sea invisible el trabajo de cuidados lo haga quien lo haga.

Deseamos asumir el reto de cuestionar las lógicas que se quieren cambiar sin caer en ellas mismas. Sabemos que es complejo, que hay que hacerlo de una manera humilde, creativa y constructiva, generando la posibilidad de reflexionar acerca de las propias contradicciones de una forma lo más amorosa posible con una misma y con los demás. Porque si hablar de género implica enfrentamiento, crispación o agresividad, el capitalismo se frota las manos. Es por ello que nos parece estratégico generar espacios en los que hablar de género no esté encaminado al reproche o la confrontación, sino a la comprensión mutua desde la crítica y la autocrítica, desde la empatía y hacia el encuentro. Desde este punto de partida, queremos traer cinco elementos que nos ayuden a pensar cómo situar la mirada o ajustar las gafas para mirar el tema de género.

Una mirada relacional

Nosotras proponemos entender la construcción de los géneros como la construcción de un guion social, que implica unos mandatos articulados en un papel asignado: “serás un buen hombre si..., serás una buena mujer si...”. Es una construcción binaria (hombre o mujer), el guion es binario, pero la realidad no. La realidad es múltiple y diversa, pero el papel construido hegemónicamente para ordenar a las personas es en categorías de hombre o mujer. En este mandato, es interesantísimo pensar que los dos papeles hegemónicos están contruidos de manera relacional, es decir, uno se relaciona con el otro desde la complementariedad. Los hombres y las mujeres no somos complementarios, pero los guiones establecidos para hombres y mujeres desde el mandato social sí que implican una relación de complementariedad: lo que se le asigna a uno se le expropia a la otra y viceversa. Y esto es muy funcional al sistema porque la relación empaquetada bajo la etiqueta del amor romántico y del modelo de familia de las medias naranjas –de la que todavía queda mucho- incluye una unidad de producción social donde está el trabajo productivo y el trabajo reproductivo asignado, repartido, principalmente a los hombres y a las mujeres, respectivamente (Cucco, 2013a). Ella necesita un hombre que la mantenga y él necesita una mujer que lo cuide. Se construye una unidad de dependencia (que no es lo mismo que la interdependencia) que es funcional al sistema porque, entre otras cosas, encierra la invisibilización del trabajo de cuidados, que se hace

por amor y con abnegación (Pérez Orozco, 2006). Como manifiesta Silvia Federici:

Esta ideología que contraponen la familia (o la comunidad) a la fábrica, lo personal a lo social, lo privado a lo público, el trabajo productivo al improductivo, es útil de cara a nuestra esclavitud en el hogar que, en ausencia de salario, siempre ha aparecido como si se tratase de un acto de amor. (2018, p. 38).

Por eso nos parece fundamental pensar lo relacional, trabajar con ambas partes. Es necesario visibilizar esa unidad de equilibrio que, a pesar de ser dependiente, da pertenencia y estabilidad, dura hasta las bodas de oro si ambos cumplen su papel del contrato social. “Siglos de legitimidad”, dirá Fernández (1993, p. 17). Por suerte, al pensar que es un papel se puede cambiar, pero, cuando una de las partes se mueve, toda la unidad se mueve. Entonces, hay que trabajar con lo que le pasa a la otra parte y lo que pasa en ese vínculo y en esa cuestión relacional para evitar desencuentros innecesarios, vividos con frustración o como fracaso. Por eso hacemos trabajos con mujeres, con hombres y luego conjuntos, en un proyecto que llamamos *Reencuentros*, no porque tengamos que estar juntos, sino porque tenemos que poder estar lo mejor posible con una misma, con uno mismo y con el otro u otra, estemos juntos o separados (Centro Marie Langer, 2019).

Una mirada dialéctica

¿Qué queremos decir con dialéctica? Queremos decir que es preciso entender cómo se retroalimentan en esa relación, y que el machismo no lo reproducen sólo los hombres. Me vienen ejemplos del trabajo con adolescentes cuando me dicen: “Profe, es que las chicas dicen que quieren chicos románticos y sensibles, pero luego los que más ligan son los malotes”. Entonces, ¿cómo se construye un modelo? No solamente en la cabeza de los chicos, sino en el modelo del deseo de las mujeres. Es muy importante ver esa relación dialéctica para no caer en culparse mutuamente, porque eso nos deja en posiciones dilemáticas y dicotómicas.

Desde nuestra visión, es fundamental, en este sentido, el esquema conceptual de los *Supuestos Falsos* (Cucco, 2013a). Los esquemas nunca representan toda la realidad, pero nos ayudan a pensar. Este esquema nos da estructuras para pensar y presenta de manera sintética cómo se construyen el rol masculino y femenino. Brevemente, podemos decir que los géneros se construyen desde la lógica binaria hombre/mujer y desde la lógica jerárquica ventaja/desventaja. Pero se construyen también en una dimensión cualitativa que se instala en la subjetividad, asignando atributos a las mujeres y expropiándoles dimensiones humanas bajo la idea de esto es femenino y esto no es femenino, respectivamente.

En este punto, comprender el concepto de expropiación es fundamental. Expropiar es quitar la propiedad. No es lo mismo que robar. Cuando me roban algo, lo reconozco como algo que era mío, lo puedo reclamar y luchar por ello.

Pero cuando me expropián, ya no es mío. En el caso del rol femenino, el ámbito público no le pertenece, el cuerpo no es suyo, se le expropia lo racional, la capacidad intelectual, el desarrollo profesional, el placer, el autocuidado sin culpa, y un largo etcétera.

Este concepto de expropiación nos ayuda a pensar que no siempre el trabajo de género pasa por hacer una reflexión consciente y que con una comprensión racional no es suficiente para el cambio; nos sirve para explicar, en parte, por qué cuestan tanto esfuerzo los procesos de transformación ya que, en muchos casos, ni siquiera hay conciencia de necesidad.

Pero, además, hay una articulación de lo que se considera femenino y lo que no se considera femenino. Toda expropiación conlleva una compensación, para que se aguante, para que se conforme. Si nos expropián algo que nos pertenece y no nos dan una compensación, nos rebelamos. Por eso la compensación tiene la función de generar aceptación, resignación e incluso agradecimiento por lo entregado. En el caso del rol de la mujer, el rol es compensado con todo un halo de imprescindibilidad, de “madre no hay más que una”, madre poderosa, la única, que “como ella no hay nadie”, el poder secundario, “la mano izquierda”, el poder sibilino, las herramientas de seducción para desenvolverse en el mundo y desarrollar unas estrategias de supervivencia que la hagan creer que eso es la libertad o el poder real. Todo esto deja a las mujeres atrapadas en la dependencia y la desigualdad con unas formas de relación y comportamiento que no siempre son saludables, ya que en muchas ocasiones forman parte de ese guion relacional necesario para reproducir el sistema.

Asimismo, como nos interesa pensar cómo se construye el rol masculino, veamos su *Supuesto Falso*. Ser hombre presupone conocidas asignaciones: la superioridad, que es el sexo fuerte, que es racional, valiente, que su lugar es en lo público, que es el duro, proveedor, potente, viril. Estas asignaciones implican también importantes expropiaciones detrás del ser racional, se le expropia la capacidad de expresar las emociones (Waisblat, 2013), que es un requisito básico para la salud mental, y lo convierte en una olla exprés (que después explota hacia fuera –contra las personas de su alrededor- o hacia dentro –contra sí mismo-). Detrás del mandato de valentía, está la expropiación de la capacidad de decir “no puedo” y esto le lleva a asumir conductas de riesgo permanentemente, tiene que demostrar su hombría. Detrás del lugar de lo público, se le expropia la capacidad de aprender lo doméstico, capacidades que dan autonomía en la vida cotidiana. Si queremos reivindicar los cuidados como algo muy valioso, no debemos menospreciar este aspecto: “se trata de buscar nuevas formas de socialización, de organización social y económica que permitan librarse de un modelo de desarrollo que prioriza los beneficios monetarios sobre el mantenimiento de la vida” (Herrero, 2011, p. 49). Detrás del hombre duro, asignado como el fuerte que puede con todo, se le expropia la vulnerabilidad y, por tanto, el autocuidado, el no poder verse como un ser vulnerable, condición de todo ser vivo; se le niega una dimensión humana fundamental, lo que le hace “ir a por todas, a dar el do de pecho”, “hasta que el

cuerpo aguante”, sin medir consecuencias. Y detrás del mandato de proveedor está la expropiación de otro tipo de paternidad, porque ser un buen padre se asocia con que no le falte de nada a la familia, aunque le falte él, que está catorce horas trabajando.

Cuando un hombre lo da todo por ser buen trabajador se queda excluido del vínculo familiar, de la relación con los hijos e hijas, en casa se siente “como un armario en el pasillo”, “como un cero a la izquierda, que no pincha ni corta”, que “lo que se hace es lo que dice su mujer”. Esto lo expresan con frecuencia en los grupos, sobre todo los hombres de más de 50 años. Lo dicen, a veces, con retintín y reproche, pero, muchas otras, también con tristeza. Entender esto como una construcción social –no natural- nos permite comprender que el resultado es una subjetividad recortada en su dimensión humana.

Por último, detrás del mandato de potencia y de virilidad, se le expropia lo que llamamos la sexualidad saludable y placentera conectada con el afecto y con la espiritualidad, con la dimensión más amorosa del encuentro con un otro y con uno mismo. La sexualidad masculina es una sexualidad de rendimiento, de demostrar más que de exponerse, una sexualidad que al cosificar el cuerpo de la mujer se cosifica a sí mismo, se convierte en máquina.

Todas estas cosas que se le expropian al hombre en la asignación del papel de la masculinidad hegemónica son piezas fundamentales para convertirlo en el trabajador eficaz, en ese engranaje del trabajo productivo, al que no le importa no ver a la familia, no pone límites al trabajo, aguanta “lo que le echen”, no mide el riesgo, no ve lo que se pierde porque “hay que ser un hombre”. Como señalan Alfredo Waisblat y Elena Aguiló (2014): “Es importante señalar que la construcción de la identidad masculina hegemónica le lleva paralelamente a la desconsideración de otros aspectos vitales de su autonomía personal, aspectos fundamentales de su subjetividad”, y ello tiene tremendas consecuencias.

Es por todo esto que nos parece fundamental cuestionar también la construcción del rol masculino, para que no lo pongamos como modelo de referencia. Por supuesto, si a un hombre le dicen que le van a reducir todas sus dimensiones humanas a la capacidad productiva y lo van a convertir en máquina de trabajar, no lo aceptaría pasivamente y sin queja, si no fuera porque también se le dan unas compensaciones, los privilegios.

Así, los privilegios cumplen una función de sostenimiento de una realidad que es violenta para todos y todas, que violenta la naturaleza de los hombres y que, además, tiene consecuencias para las mujeres.

La mirada dialéctica nos permite pensar la interrelación que hay entre ambos roles asignados para no quedarnos en la dinámica de buenos y malos, de víctimas y verdugos, que nos coloca en un lugar de pasividad y dependencia. Si yo necesito que el otro cambie para estar bien, me quedo en un lugar de dependencia, y esto lo hemos visto en las mujeres y lo hemos visto en los hombres.

En los grupos, cuando dicen: “Es que cuando entro en la cocina, la mujer me empieza a decir que lo hago mal, que lo dejo todo sucio, que soy un desastre, así que, para eso, mejor no entrar”, nosotros les decimos que la mujer también tiene un mandato social que le da el control en lo doméstico, y tendrá que trabajar para cambiarlo, pero, mientras tanto, el hombre tiene que hacerse cargo de la parte que le toca, por deber y por derecho. Para poder hacer esto hay que entender que ella no lo hace por maldad, sino que lo hace porque es presa de un guion que, a pesar de que la atrapa, también le da identidad y pertenencia. Hay que enfadarse con el rol, no con la persona. Las personas no somos el guion, pero siempre actuamos en un papel.

Una mirada múltiple

La tercera idea es la necesidad de una mirada múltiple. Pensar lo múltiple para cuestionar la lógica binaria, como ya hemos dicho, porque la realidad es múltiple y las alternativas también deben serlo. El propio concepto de *diverso* a veces encierra la lógica atributiva porque diverso es lo que diverge de algo y ese algo es lo que se considera referente. Quizá tenemos que dejar de hablar de diversidad para empezar a hablar de multiplicidad. Más que de modelos, hablar de referentes; más que de resultados, promover procesos que son inacabados, porque todo el tiempo estamos aprendiendo.

Por ejemplo, como mujeres, muchas ya hemos recuperado el ámbito de lo público con el ejercicio del rol profesional, el trabajo remunerado y el lugar en el afuera más allá de la familia; pero todavía tenemos contradicciones en relación a la culpa que sentimos cuando dejamos a los niños y niñas para ir a trabajar, o cuando nos queremos tomar un tiempo personal (decimos que “hay que ser un poco egoístas”), o cuando antepone las necesidades de los demás siempre a las nuestras. Estamos en proceso. En el ámbito de la intervención, la propuesta es trabajar más desde la reflexión sobre las contradicciones y dificultades que desde los ‘deber ser’ (“tú tienes que soltar los privilegios, tú tienes que tomarte el café con tu amiga, tú tienes que...”). El ‘deber ser’ nos coloca en un lugar de omnipotencia que siempre va de la mano de la impotencia (pareciera que, o lo tengo todo resuelto, o no soy buena feminista).

Y la mirada múltiple nos ayuda a desafiar las lógicas binarias y jerárquicas pues nos permite integrar el trabajo con los hombres y su problemática, sin sentir que esto es ir en contra de las mujeres.

Si las mujeres hemos necesitado espacios para reencontrarnos con nosotras mismas, para construir lazos de cooperación, de sanación, de sororidad, ¿por qué pensamos que los hombres no los necesitan? ¿Dónde los colocamos si pensamos que ellos no necesitan espacios para aprender a socializar distinto? En muchas ocasiones hemos encontrado resistencias a la intervención con los hombres, principalmente dentro del ámbito de los feminismos, tanto personales como profesionales e institucionales; nos hemos encontrado con frases como “a los hombres ni agua, que ellos se apañen, ¿ahora también tenemos que trabajar por ellos?”. Desde el sentimiento podemos entenderlo, es legítima la vivencia personal de cada una, pero también es una

trampa. Como mujeres, cada una podrá hacer lo que quiera o lo que pueda, pero como profesionales nos importa pensar en la salud para todos, todas y todes.

Nos importa pensar en la justicia; nos importa pensar en la vida plena para todo el mundo, de esa vida que merezca la pena ser vivida. Entonces, ¿desde dónde se piensa que un ser humano que está socializado en la competitividad, en la agresividad, en la castración de la expresión de sus sentimientos, en el dar la talla, no necesita un espacio nuevo para aprender otra cosa? ¿Es acaso que volvemos a ponerlos en un lugar de superioridad autosuficiente idealizada esperando que ellos sean capaces de hacer algo sin tener espacios donde aprenderlo?

Tendrán que juntarse. Pero juntarse no es suficiente. Sabemos que los mandatos de género, y en este caso el de los hombres, se reproducen con muchísima fuerza como mecanismos de inclusión social, o sea, que, si no eres macho, te quedas fuera, pierdes. Así que hay que juntarse y hablar, visibilizando estos atrapamientos de las maneras más amorosas posibles para que se puedan romper las inercias que, generación tras generación, nos hacen reproducir acriticamente y con resignación o naturalización, comportamientos que nos hacen daño.

Por eso hay que trabajar no sólo con cada hombre, sino con cada colectivo y con el imaginario social general en el que estamos incluidas también las mujeres y las otras personas. Aquí, la necesidad y la potencia del trabajo comunitario.

Una mirada cualitativa

Lo cualitativo frente a lo cuantitativo, aunque no son excluyentes (ya que no tenemos que caer de nuevo en la lógica binaria), pero sí interpelar la lógica jerárquica, es decir, no es tan útil hacer solo análisis que determinen quién está peor entre hombres y mujeres.

Nos interesa ampliar la mirada, hacer análisis cualitativos para comprender mejor cómo nos engancha a cada uno y cada una el papel asignado y, así, pensar abordajes que sean específicos para cada situación. Esto es lo que hacemos desde ProCC y tiene resultados muy interesantes, porque son más precisos, hilan más fino y permiten trabajar la especificidad (Rodríguez del Pino, 2014). Pensar la particularidad dentro de una mirada de lo común y lo comunitario, porque es una construcción social, esto quita mucho peso de culpa. Visibilizar la dimensión social del problema y, así, desculpabilizar (no somos quienes han escrito el guion) para responsabilizar (porque sí podemos cambiarlo). Pero este cambio no pasa por una decisión meramente racional, es necesario realizar una experiencia vivencial que incluya los sentires, la escucha, el respeto, la empatía, la comprensión de lo que hay de fondo, los matices, experiencia imposible de generar sin una mirada cualitativa.

Mi experiencia personal y profesional de trabajo con hombres comenzó con una intervención con desempleados de 50 a 60 años de una zona popular del sur de Madrid en el año 2013, que derivó posteriormente en el *Proyecto*

Hombres con Cuidado acogido por el Ayuntamiento de Madrid. Con mucho cariño, siempre me gusta resaltar que los hombres que participaron eran “Manolo, el del bar”, hombres aparentemente rudos, parcos, toscos, tradicionales, podríamos decir, corrientes. Hombres que nunca se habrían imaginado sentados en círculo hablando de qué es ser hombre y cómo eso les hace sentir (Centro Marie Langer, 2013). A mí, escucharles decir: “Es que ahora entendemos más a la mujer porque nos hemos podido entender a nosotros mismos” me ha dado luz y esperanza. Me ha servido para ver que es posible el cambio, que, dándoles la posibilidad de encontrarse, pueden aprender a relacionarse de otra manera que merece más la pena.

Pero es muy importante el encuadre, un espacio en el que no se trabaje desde el reproche. Si se empieza a trabajar con un hombre diciéndole que es un privilegiado, un abusador, un potencial maltratador y que tiene que cambiar, probablemente al día siguiente no vuelve. Por estrategia o por filosofía, no se debe entrar por ahí. Desde las intervenciones realizadas con Metodología ProCC, siempre comenzamos tratando de conectar con el dolor del hombre, conectar con el dolor de ese ser que está socializado para ser máquina funcional al sistema (Waisblat, 2013; Cucco, 2013b).

Cuando podemos conectar con ese dolor también nos reconciliamos con nosotras, porque podemos enfadarnos muchísimo con el rol y no con la persona.

Y una mirada creativa

Creatividad en tanto no se trata de intercambiar los papeles, no se trata de que uno/a suelte un papel para que lo pueda hacer el otro/a, se trata de reescribir el guion. A nosotros y nosotras nos interesa lo común, nos interesa construir una sociedad en la que quepamos todas, todes y todos, en la que podamos encontrarnos de la manera más amorosa posible, sin negar las dificultades, sin negar que habrá conflictos, pero que los conflictos no signifiquen enfrentamiento. Conflicto es el encuentro con lo diferente, con lo diferente dentro y fuera de uno mismo, de una misma. Tenemos que trabajar ese encuentro y la creatividad para inventar muchos guiones; supone también interpelar la lógica atributiva que opera cuando miramos a lo masculino como referente, colocándolo en el lugar de superioridad. Si las mujeres tenemos que ser más competitivas, más agresivas, más autoritarias, en definitiva, más masculinas para poder liberarnos, estamos reproduciendo la lógica atributiva, lógica patriarcal que queremos cambiar.

Frente a la metáfora de que los privilegios son como una tarjeta VIP que tienen los hombres (Bonino, 2021), nosotras planteamos que más bien los privilegios son como una tarjeta de crédito, tiene costes (las expropiaciones), de los cuales algunos los pagan las mujeres. Lo que nos interesa no es que los hombres dejen de usar la tarjeta ni que se la presten a la mujer, ni que las mujeres puedan hacerse una. Lo que nos interesa es que se rompa el contrato con el banco.

Desde esta posición, promovemos generar espacios grupales para reescribir los guiones entre mujeres, entre hombres y conjuntamente, y es por eso que nuestra propuesta de trabajo está encaminada al encuentro. Es una propuesta que incluye marco teórico conceptual, estructura metodológica y posición ideológica. Se propone (con humildad) mirar un poco más allá de los límites que se les ponen a los feminismos, abrir puertas y ventanas que conectan con otras luchas para no atascarse en batallas fragmentadas que podrían quedarse atomizadas. Esperamos que estas propuestas sean sugerentes para seguir creciendo.

REFERENCIAS

- Beauvoir, Simone. (1949). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo Veinte, p. 13.
- CentroMarieLanger (Director). (2013). *El silencio roto* [Documental | Archivo de video]. <https://www.youtube.com/watch?v=hYeYDf3BdSk>
- Bonino Méndez, L. (2021, marzo). Micromachismos, 25 años después. Algunas reflexiones. *Revista con la A*, 74. <https://conlaa.com/micromachismos-25-anos-despues-algunas-reflexiones/>
- CentroMarieLanger (Director). (2019, julio 4). *Proyecto Reencuentros Teatro. Hombres y mujeres a escena*. [Archivo de video]. https://www.youtube.com/watch?v=1ZRBh_wKqkw
- Cucco García, M. (2013a). Hombres y mujeres, ¿solo un problema de rosa y azul? La formación del sujeto que somos. Capitalismo, relaciones sociales y vida cotidiana. *Revista Sexología y Sociedad*, 19(2), Art. 2. <http://revsexologiaysociedad.sld.cu/index.php/sexologiaysociedad/article/view/194>
- Cucco García, M. (2013b). ¿Engranajes que se desplazan, espacios que se abren? Superando el rol de proveedor o nuevas versiones renovadas. *Jornadas 2013/ Cuestiones de género: Los aportes ProCC*, La Habana. <https://www.procc.org/publicacion/engranajes-que-se-desplazan-espacios-que-se-abren-superando-el-rol-de-proveedor-o-nuevas-versiones-renovadas/>
- Cucco García, M., & Aguiló Pastrana, E. (2017, julio). Metodología de los Procesos Correctores Comunitarios (Metodología ProCC). *Comunidad*, 19(2). <https://comunidad.semfyec.es/metodologia-de-los-procesos-correctores-comunitarios-metodologia-procc/>
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de sueños.
- Fernández, A. M. (1993). *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Paidós.
- Fernández, A. M. (2009). *Las lógicas sexuales: Amor, política y violencias*. Nueva Visión.

- Hernández Morales, I. (2020). Colonialismo, capitalismo y patriarcado en la historia y los feminismos de Abya Yala. *Revista Estudios Psicosociales Latinoamericanos*, 3(1), Art. 1.
<https://journalusco.edu.co/index.php/repl/article/view/2545/3894>
- Herrero, Y. (2011). Propuestas ecofeministas para un sistema cargado de deudas. *Revista de Economía Crítica*, 13, 30-54.
http://www.revistaeconomicocritica.org/sites/default/files/2_REC13_Articulo_Y_Herrero.pdf
- Izquierdo Benito, M. J. (1995). Sistema sexo/género y valores: Perspectiva materialista. *Jornada Género y Valores*, 17-61.
https://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/publicaciones_jornadas/es_emakunde/adjuntos/jornada.04.genero.valores.cas.pdf
- Martineau, J. (2017, febrero 17). "Intersección, articulación: El álgebra feminista": Jonathan Martineau [Blog]. *Marxismo Crítico*.
<https://marxismocritico.com/2017/02/17/interseccion-articulacion-el-algebra-feminista/>
- Pérez Orozco, A. (2006). Amenaza tormenta: La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista de Economía Crítica*, 5, 7-37.
http://www.revistaeconomicocritica.org/sites/default/files/1_amenaza_tormenta_0.pdf
- Rodríguez del Pino, J. A. (2014). Cuando cae el hombre proveedor. Masculinidad, desempleo y malestar psicosocial en la familia: Una metodología para la búsqueda de la normalización afectiva. *Masculinidades y cambio social*, 3(2), 173-190.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4945272>
- Waisblat Wainberg, A. (2013, julio). El impacto del desempleo en la subjetividad masculina: Una intervención comunitaria con hombres en situación de desempleo desde los ProCC. *Jornadas 2013/ Cuestiones de Género: Los aportes ProCC*, La Habana. <https://www.procc.org/publicacion/el-impacto-del-desempleo-en-la-subjetividad-masculina-una-intervencion-comunitaria-con-hombres-en-situacion-de-desempleo-desde-los-procc/>
- Waisblat Wainberg, A., & Sáenz Berbejillo, A. (2013). La construcción sociohistórica de los roles masculino y femenino. Patriarcado, capitalismo y desigualdades instaladas. *Revista Sexología y Sociedad*, 19(2).
<http://revsexologiaysociedad.sld.cu/index.php/sexologiaysociedad/article/view/195>
- Waisblat Wainberg, A., & Aguiló Pastrana, E. (2014, mayo). El desempleo en la salud de los hombres: Una experiencia de intervención comunitaria. *Comunidad*, 16(1). <https://comunidad.semfyec.es/el-desempleo-en-la-salud-de-los-hombres/>

DE AMULETOS Y ARTIFICIOS

Reflexiones situadas en clave feminista
desde Terapia Ocupacional

María Rosa Aussière, Andrea Monzón
Sandra Spampinato, Daniela Testa
(Editoras)



De amuletos y artificios : reflexiones situadas en clave feminista desde Terapia Ocupacional / María Rosa Aussière ... [et al.] ; editado por Andrea Monzón ...
[et al.] ; ilustrado por Marcela Laura Guzmán. - 1a ed. - Paraná : Editorial Fundación La Hendija, 2022.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8472-63-8

1. Estudios de Género. 2. Terapia Ocupacional. 3. Intersectorialidad. I. Aussière, María Rosa. II. Monzón, Andrea, ed. III. Guzmán, Marcela Laura, ilus.
CDD 305.4201

Primera edición en formato digital:
Septiembre de 2022

© por Fundación La Hendija

Losada Cucco, A. (2022). Masculinidades: La necesidad de trabajar por el encuentro. En *De amuletos y artificios: Reflexiones situadas en clave feminista desde Terapia Ocupacional* (pp. 71-84). Fundación La Hendija.